



Ovejero, A. (2017): *Autogestión para tiempos de crisis*, Madrid, Biblioteca Nueva, 270 pp.

Es improbable que los jóvenes de la segunda década del siglo XXI tengan como referencia de la historia de España la novedosa y revolucionaria forma de organización social que constituyeron las *comunidades libertarias*. Este colosal intento de conseguir el poder por parte de las clases populares se extendió de forma rápida y alcanzó una gran parte de la estructura social y productiva. Nacidas en un periodo histórico convulsivo, que coincidió en parte con una guerra civil, de duración muy efímera y con sus protagonistas principales desaparecidos, no es fácil evaluar con objetividad su dinámica de funcionamiento interno y sus consecuencias sociales y económicas. A juicio del autor una de las primeras cuestiones que debe ser analizada con detalle es la expulsión de su presencia y su importancia de la memoria colectiva de los españoles, ya que, según la opinión de la mayor parte de los investigadores, fue *el proyecto de organización social revolucionaria más novedoso que se conoce*. Por ello, rescatar y reevaluar su existencia es muy necesario, en la medida en que pueda ser aprovechado para una reflexión sobre los posibles modos de organización social en el presente y en el futuro.

¿En qué medida puede ser útil conocer a fondo este fenómeno organizativo en un contexto de crisis económica que mantiene cierto paralelismo con la situación de los años 30, aunque sin el marco de conflictividad política de entonces? Es la pregunta que el texto trata de responder. Para ello parte de un *análisis psicosociohistórico sobre su estructura interna, sus dificultades de funcionamiento en un contexto de guerra y crisis y en los factores que influyeron en su proceso de disolución*. Todo ello en una reflexión de ida y vuelta desde los años treinta a la actualidad, contrastando las condiciones sociales de las dos épocas y tratando de aplicar los principios de la psicología social a ambos periodos.

El primer capítulo analiza las consecuencias psicosociales del neoliberalismo y la globalización, tema que ya había sido abordado anteriormente por el autor en 2014. El neoliberalismo globalizador ha producido no solo un incremento de las desigualdades sociales, sino la conformación de ciertas características psicológicas y de pensamiento en los sujetos que vivimos en él. La creencia en el valor absoluto y la omnipotencia del poder económico frente a cualquier otro mecanismo de organización social o de decisión se ha extendido como marco cognitivo incuestionable. La ideología capitalista avanzada, de pensamiento único, y la complicidad de la psicología producen la internalización de objetivos individualistas, que favorecen las conductas egoístas, no cooperativas e

insolidarias: la competencia generalizada, la primacía de la economía y las ganancias. Mediante las técnicas de diagnóstico y terapia, la psicología individualista contribuye a imponer un auto-disciplinamiento subjetivo, una atención excesiva a las técnicas de autosuperación y responsabilidad personal que desvían la atención de los necesarios procesos de cambio social. El control del sujeto neoliberal se consigue con la ayuda de fuertes instrumentos de poder, la distribución desigual de los recursos y el endeudamiento privado. Los medios de comunicación contribuyen a la interiorización de los valores de la ideología capitalista fomentando el miedo a la pérdida de los más primarios medios de supervivencia como el trabajo, la vivienda o la imposibilidad de pagar las deudas. En este contexto psicosocial surge la necesidad de preguntarse por nuevas formas de gestionar la economía y de organizar la sociedad.

La amplísima información contenida en el texto sobre las comunidades libertarias en todo el mundo invita a pensar que son y han sido posibles otras alternativas de organización social. La organización colectiva del trabajo y la vida cuenta con una larga tradición a lo largo del siglo XX en varios países europeos como Alemania y en otros no europeos como Japón. Pero fue en nuestro país donde este fenómeno cobró una importancia especial como es considerado por la práctica totalidad de los historiadores.

La mayor parte del texto está dedicada a presentar un *valioso panorama histórico de las colectividades libertarias en España en el periodo 1936-38*, que comenzaron gestionando lugares de trabajo específicos pero aspiraban a gestionar toda la economía del país. Resultan exhaustivos los datos sobre los diversos tipos de colectividades distribuidos a través de todos los sectores de la economía. Las colectividades agrarias fueron las más extendidas, pero también se formaron en los sectores industriales, de servicios, de espectáculos, etc., especialmente en los territorios de Cataluña y Aragón. Organizaciones muy diversas y con formas de funcionamiento muy variadas. Hay que tener en cuenta que había una gran espontaneidad y libertad en la planificación y un gran protagonismo de los militantes más avanzados y entusiastas del movimiento libertario. Tras la detallada información que se presenta, el lector puede aceptar la conclusión de que *los movimientos colectivizadores españoles protagonizaron una de las revoluciones más profundas que han existido y uno de los efectos del anarquismo más potentes del mundo*.

¿Cuáles fueron las bases ideológicas y económicas que explican este fenómeno? La crítica a la propiedad privada y la propuesta de remplazar el Estado por una nueva organización más horizontalizada de Proudhon, el falansterio como comunidad rural autosuficiente propuesto por Fourier, la promoción de la libertad y la eliminación de las jerarquías de Bakunin y la idea del apoyo mutuo que sustituiría a la competencia, idea básica de Kropotkin, fueron los soportes ideológicos que estaban en la base de la formación de las comunidades. A ello se añadió la experiencia de colectivos que habían funcionado antes en Europa (la Comuna de París, a finales del siglo XIX y otras en Rusia, a principios del XX). Asimismo, las condiciones económicas de pobreza y desigualdad, que no se paliaron con la reforma agraria, que realizó el gobierno de la República española y produjo la victoria de los partidos de derechas, fueron un potente factor

motivacional de unos campesinos (y de otros trabajadores) frustrados por la política que resucitaron la cultura anarquista.

Se discute en qué medida las personas entraron en los movimientos colectivistas de forma libre o forzada. Es evidente que un contexto económico de escasez y desigualdad, de expectativas frustradas y de fuerte acción política, es el caldo de cultivo para entender las presiones psicosociales a los individuos; incluso el miedo como elemento motivador de la implicación en cualquier grupo que dispusiera de un cierto poder de coacción, pero el autor insiste en la voluntariedad de la participación señalando tres factores: a) en los lugares donde más se impuso el colectivismo siempre quedaron restos de propiedad individual, b) las comunidades resistieron y resurgieron después de ser aplastadas por el ejército, y c) volvieron a instaurarse cuando ya no había milicias internas que tuviesen la posibilidad de coaccionar la participación de los individuos.

La transformación que produjeron en el área económica y en el área del bienestar personal fue muy positiva y relevante. Por citar solo algunos efectos: una elevación de salarios, una reducción de las diferencias entre los trabajadores, un importante desarrollo de actividades culturales al servicio de la colectividad y la mayor producción de bienes. Sorprende la cantidad de intelectuales que han reconocido su éxito y la eficacia de las colectividades tanto en sus logros económicos como educativos, en salud y bienestar de los miembros de la colectividad.

¿Cuáles fueron las razones de su desaparición? Desgraciadamente, los aspectos económicos y de producción de bienes, que fueron tan importantes en su auge y mantenimiento, fueron también decisivos en su desaparición. Las causas de su declive residen en la economía de guerra, principalmente la falta de créditos y las dificultades de mantener los niveles de producción y bienestar de los trabajadores. A ellos se sumaron los conflictos internos y los valores seculares de los colectivistas que reavivaron la orientación individualista anterior. Progresivamente, se fue transformando la estructura del liderazgo y del funcionamiento interno y se empezó a instalar un cierto autoritarismo y una burocratización progresiva. La improvisación de muchas acciones y formas de funcionamiento, las contradicciones internas, la falta de unidad en la defensa y la debilidad sobrevinida de los movimientos políticos que las habían producido como consecuencia de la dinámica de la guerra civil congelaron e hicieron desaparecer esta interesante promesa de convivencia y organización social.

El autor, que ha publicado una gran cantidad de textos de psicología social, se detiene apuntando *algunos de los factores psicosociales que pudieron contribuir al éxito de las colectividades.* En primer lugar, y como cuestión transversal, la necesidad universal del ser humano de ir más allá, *necesidad de cambio*, de experimentación de nuevos límites, nuevas formas de vivir, nuevos desafíos. Unido todo ello a la motivación de sentirse protagonistas de la historia, motivación común a todos los nuevos movimientos políticos y movimientos sociales. Como factores específicos que se acentúan en estas comunidades, posiblemente actuaron *los sentimientos de arraigo y pertenencia*, que suelen aumentar a su vez el compromiso con el grupo, la cooperación y el apoyo social. Los descubrimientos de la psicología social sobre el funcionamiento de los grupos y *la relación entre el valor de los grupos y la valoración personal* son muy útiles como factores

explicativos. Otros factores de primer orden fueron *la organización y la dinámica del trabajo*, los climas de producción, las dimensiones altruistas de la producción y la realización de tareas. Estas condiciones produjeron una humanización de la producción. Los métodos de socialización novedosos, que insistían en la cooperación, probablemente mejoraban la comunicación y las relaciones interpersonales. Un análisis más detallado de los procesos psicosociales que pudieron estar funcionando en ellas (procesos de influencia social, refuerzos, comunicación, aprendizaje de valores, liderazgo, conflictos internos, etc.) aportaría una información sumamente interesante.

El debate que abre la lectura de este texto es si las necesidades que se han generado en la época actual de neoliberalismo podrían ser realizadas o satisfechas de un modo similar. Si el individuo se siente desprotegido, fatalista, dominado por un sentimiento de impotencia y falta de valor y sus condiciones de trabajo son poco humanas, ¿será el momento propicio para que surja el deseo de la cooperación, el apoyo social, el reconocimiento y la mejor relación interpersonal que pueden ofrecer otras organizaciones de colectivización de la vida, análogas a las *comunidades libertarias*?

Bibliografía

Ovejero, A. (2014): *Los perdedores del nuevo capitalismo*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Concepción Fernández Villanueva
Universidad Complutense de Madrid
cofernan@cm.es